

J.J. CASTILLO
CUANDO SUSANA LLORA

DOLMEN
EDITORIAL



*Los muertos siempre
superan en número a los vivos.*

JOEL COHEN

*PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA,
CIUDAD DE NUEVA YORK*

*Mientras paseaba en el cementerio
el Día de Todos los Difuntos,
pensaba en lo macabro que sería que
ellos celebraran el Día de los Vivos.*

ANÓNIMO

*La tapia del cementerio es una insensatez:
los que están dentro no pueden salir y los
que están fuera no quieren entrar.*

ARTHUR BRISBANE



PRÓLOGO

En la quietud del páramo, unos pasos lentos, pausados, se internaron bajo el bosque de abedules y abandonaron los arbustos.

La joven avanzaba buscando su hogar. Lo olía. Estaba cerca. Como tan cerca estaba de la humedad de las grutas donde había hecho investigaciones durante la mayor parte de su vida.

Sus heridas estropearon el verde con su sangre. Un pájaro gorjeó y alzó el vuelo, asustado. La rama más alta no podía con su peso. Los pasos se detuvieron detrás de él y, entonces, ella lo agarró para comérselo...

SUSANAH

—No hay gatos en la iglesia —contestó Jason, volviendo a mojar la brocha en el cubo de pintura azul—. Me atrevería a decir que no hay ninguno en todo el pueblo.

El padre Mile dejó la caja en el suelo y se quedó quieto. Pensativo, o quizás intentaba agudizar todos sus sentidos.

—¡No, no! ¡Dios mío de mi vida, es la niña! —gritó y salió corriendo.

Jason se giró y el padre Mile ya no estaba. Se oyeron sus pasos sobre los tablones escaleras arriba. Susanah estaba llorando. Llorando no, gritando. Eso era lo peor de todo. Por el tono —ahora parecía haberse silenciado el mundo y solo se la oía a ella— llevaba tiempo haciéndolo. Jason no pudo evitar ponerse nervioso. Empezó a mover la brocha de un lado para otro como si estuviese pintando el vacío. Su inconsciente se preguntaba cómo había llegado aquel palo con pelos a su mano. Aquel llanto le ponía más que nervioso. Empezó a dolerle la cabeza. Recordar, recordar. Su mala, su buena memoria. Los recuerdos de todos los del pueblo disparando sin consideración contra los muertos en el cementerio. Sangre, balas, cuerpos deteriorándose y... sus padres. Con las manos manchadas de azul, el color que había decidido para su cuarto, corrió escaleras arriba y entró en la habitación de la pequeña.

El padre Mile la había decorado para el bebé. El color de las paredes laterales era violeta, el del frontal, morado. El techo lo dejaron en blanco y como lamparita colocaron el escarabajo verde que la pequeña tenía en su verdadera habitación. Algunos decían que la niña no había notado el cambio. El cura salió del pequeño cuarto de baño que había a la izquierda donde todo parecía hecho a medida para el bebé. Se secaba las manos con prisas. Susanah seguía llorando como si alguien le hubiese dado un pellizco o acabara de vacunarse. No como cuando tenía hambre o se había hecho sus necesidades encima, sino más bien como cuando... No. Eso sería lo peor.

Viendo los ojos del cura, supo que sus pensamientos se debatían entre hacer algo o rezar. Por lo pronto, Jason no quiso acercarse.

—A ver, venga pequeña. No llores, hija —dijo Mile con la voz llena de angustia—. ¿Por dónde empezamos...? Pero Susanah no llores, por favor, que nos asustas. —Cogió a Susanah, le bajó el pañal y comprobó que todo estaba en orden. Con la niña en brazos se acercó a la mesa de nogal, apartó un par de peluches, cogió el biberón con agua e intentó que bebiera. Le mojó los labios.

Nada.

—¿Caliente leche? —preguntó Jason desde la puerta.

Mile levantó un dedo.

—Espera, hay aquí. —Y con dicho dedo señaló hacia la mesilla redonda que había junto a la cuna. Un biberón yacía refulgente en el centro de la madera con dos dedos de leche. El padre Mile se lo llevó a la cara y comprobó la temperatura.

El cura tenía mucha experiencia cuidando a niños. Todos en el pueblo lo sabían. Por eso, después de que nadie quisiera hacerse cargo de la pequeña, habían aceptado sin controversias la propuesta de que él mismo podía cuidar a la hija de los Story. Su comportamiento lo corroboraba. Jason había oído decir que Mile había trabajado como misionero en los países tercermundistas.

Pero Susie no quería comer.

La mirada del cura lo decía todo. Empezó a mover a la niña de un lado para otro. Un meneo constante para tranquilizarla y que alcanzara el sueño. El susto en sus cuerpos. Se asomaba a la ventana, comprobaba, ningún acercamiento... Cinco minutos más de llanto y todo se tornaría en desgracia.

—Ea, mi pequeña, ea. Ya está, mi vida, ya está. Duérmete mi cielo...

Jason se acercó a la otra ventana y vio cómo atardecía. El sol una vez más se había ocultado tras el bosque de abedules que separaba a su pueblo del mundo. El tono sepia que se colaba por el cristal se intensificó durante esos cinco minutos que se hicieron eternos, dando paso al grisáceo antecesor de la noche. Jason no podía creer las palabras que iba a pronunciar aquel hombre. Por primera vez, su rostro le pareció viejo y demacrado. No quería oírlas. Debía de estar soñando. Tenía que ser una pesadilla.

«Por favor, otra vez no», se dijo el niño.

El cura se giró hacia él, la niña llorando entre sus brazos.

—Jason, toca las campanas —dijo.

EVA

«¿Qué leches está pasando?», pensó Samuel Day. Cerró el grifo del agua fría, después de quitarse la espuma de las manos, y prestó atención. Estaba en lo cierto: las campanas del pueblo seguían sonando.

— Vivian, ¡¿lo estás oyendo?! — gritó.

— ¡Sí! ¡Nos vamos! ¡Termina rápido, que yo recojo!

Viéndose en el espejo, Samuel Day volvió a pensar en su padre y en cómo se había convertido en un fiel reflejo de él. Su padre no llegó a jubilarse. Su padre, gracias a Dios, debía llevar mucho tiempo convertido en polvo. Y él, gracias a tres malditos disparos en el hombro —sus ojos se posaron en las cicatrices—, se había convertido en un personaje aburrido de la vida, viviendo su jubilación a cientos de kilómetros de la ciudad que lo vio nacer y que tanto patrulló día y noche.

Oyó cómo llamaban a la puerta. Tenía que apresurarse. Debía de ser algún vecino avisando del tañido de las campanas. Probablemente era Elena, la mujer que mejores migas había hecho con Vivian desde que se habían instalado allí. Elena vendría para irse con ellos en el coche. Oyó los pasos de Vivian en dirección a la puerta de la calle. Un murmullo. Una pregunta retórica y un fuerte golpe en el entarimado.

Samuel se colocó el albornoz con urgencia y salió al pasillo.

— ¿Quién es, cariño? ¿Vivian?

No hubo respuesta.

Después de mucho tiempo Samuel y Vivian Day habían vuelto a hacer el amor. A cierta edad era demasiado cansado, el apetito sexual en la mayoría de los hombres desaparecía. Era pasajero, fugaz, pero por lo menos Samuel lo seguía teniendo. No obstante, en su mujer estaba en fase de extinción.

Fue a peor con la muerte de la niña. Dicen que después de los funerales la gente sale con ganas de hacer el amor. Es una constante. Tal vez el cerebro se revaloriza y ayuda a la conciencia y a la naturaleza del hombre. La muerte y la vida. La vida y la muerte. Él lo supo, fue terriblemente egoísta, no podía controlar sus pensamientos. Al salir del funeral de la niña le propuso a su mujer hacerlo. Ella le había pegado. Nunca lo había hecho en treinta años de matrimonio. Samuel tuvo que morderse el labio para no responder. Su instinto de policía le empujaba. Pero se contuvo. Ya nunca volverían a hacer el amor. Quizás lo más triste de todo había sido su comportamiento. No sabía qué hacer, qué pensar. ¿Cómo se puede seguir viviendo cuando lo has dado todo y de pronto te quedas sin nada por culpa de un accidente de tráfico?

Paciencia y fe.

Desde allí pudo ver cómo la luz de la farola se colaba en la entrada de su casa por el pasillo. Había anochecido. Samuel avanzó un par de pasos en dirección al salón. Vio las piernas de su mujer en el suelo y se apartó contra la pared. Reaccionó bien: no corrió en su auxilio, el asaltante podía estar aún en la casa. No debía perder los nervios. Lo que hizo fue agacharse, sus cinco sentidos en tensión, intentó visualizar mejor el escenario.

No vio sangre desde allí. La experiencia le decía que, por la postura, su mujer se había desvanecido. Aunque quizás el agresor esperaba escondido tras el quicio a que él saliera. Sin embargo, su instinto decía otra cosa. Pero gracias a ese instinto

del que alardeó durante años en la comisaría, tenía poca movilidad en su brazo izquierdo y media clavícula destrozada. El instinto engañaba hasta a los animales. Lo había leído en algún sitio. Por lo que irrumpió en el salón rápidamente y a gatas con los puños apretados.

Nadie.

Se alzó y miró a su izquierda, en guardia. Pero ni las sillas, ni la mesa de caoba, ni los floreros de bambú, ni el tapiz de *La creación de Adán*, le atacaron. El salón era la estancia más grande de toda la casa. Abarcaba casi toda la planta baja. Los ventanales mostraban el jardín y la barbacoa. Las bicicletas. La noche los envolvía con su manto. Las campanas de la iglesia doblaban y las sombras de la calle se acrecentaban. Mientras andaba en dirección a su esposa, notó una presencia en el sofá. A su derecha quedaba el resto del salón gobernado por un gran mueble que habían traído de la ciudad con mucho sufrimiento. El televisor, cuadros de flores, fuentes y más jarrones de cristal. El sofá tenía cuatro metros de largo. Era nuevo, blanco e inmaculado. Y había una chica sentada. Desde donde él estaba solo pudo verle los hombros y el pelo alborotado. Yacía inmóvil como una muñeca. Como un maniquí, observando el televisor apagado.

Samuel se agachó y tocó el cuello de su mujer. Comprobó que tenía pulso. Gracias a Dios, un desmayo como había supuesto. La giró y le tocó la cara y la cabeza para comprobar que nadie la había golpeado.

Se puso en pie y dio un paso hacia el mueble lacado del recibidor.

El día que empezó todo se había dirigido allí con paso serio y había guardado un revolver con seis balas en el primer cajón. Lo dejó cargado. Se lo dijo a Vivian. Ningún niño accedería a él porque en su casa no quedaba nadie más. No había niños en su casa, ni jamás los volvería a haber. El nieto nunca llegaría. Nunca sería *el abuelo*...

Sujetó el arma y se volvió hacia el sofá.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —dijo con tono firme.

Del susto, su corazón dio un vuelco y apretó el gatillo sin querer. El *click* le recordó que estaba el seguro puesto. Menos mal. Error de principiante. «Los años no pasan en balde», se dijo. Se había asustado y había disparado como un novato en la instrucción porque Vivian le había agarrado el tobillo.

—¿Qué ocurre, Sam? —Vivian intentaba incorporarse y su marido le ayudó—. Cariño, ¿dónde está?

Los ojos de su mujer nadaban en lágrimas. Su mirada era fría, y el ex policía temió por ella. Un extraño nudo comenzó a formarse en su estómago. Aquellos ojos... Con una leve inclinación de cabeza se aseguró de que Vivian captara la presencia en el sofá. Después le enseñó el arma y la apartó para que el pudiera seguir con el procedimiento.

Sin embargo, Vivian se puso delante.

—¿Eva? —dijo a la chica del sofá—. Nena, somos papá y mamá. ¿No nos reconoces, hija? ¿Eres tú?

TIPTON

Últimamente su madre se movía mucho. Quizás estuviese mejorando, pero no podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Una mezcla de miedo, aprensión e incredulidad le recorrió la espalda. La silla de ruedas estaba junto a la ventana. Era como si su madre hubiese tenido un momento de iluminación con Dios, hubiese usado sus manos después de tantos años y hubiese colocado la silla al lado de la ventana para observar la carretera. Tipton se rascó la cabeza, y entonces caviló que quizás la noche anterior se le hubiese ido la mano con las cervezas y él mismo la hubiese puesto allí. Sí, la había colocado frente a la ventana para que se distrajera mirando el paisaje que tanto le gustaba admirar cuando aún estaba en sus cabales.

Sí, eso debía ser.

— Buenos días, madre. ¿Cómo se encuentra hoy? — dijo acercándose y sin esperar respuesta alguna.

Comprobó la cantidad de líquido en el gotero. Cogió su mano para examinar la vía intravenosa y comprobó que tocaba cambiar la aguja. Tipton lo hizo absorto en sus pensamientos, y cuando se quiso dar cuenta, había terminado. Se apoyó en el marco de la ventana y observó el exterior.

Ya no había tránsito en la carretera. Aunque era una vía secundaria, un lunes a las nueve de la mañana la circulación habría sido más que considerable. Aquel camino era la conexión más importante entre el pueblo y la ciudad. Los unía a través de un hermoso sendero de veintisiete kilómetros de vía verde. Valles, riachuelos, túneles bajo las montañas constituían un cúmulo de paisajes agradables a la vista. Vereda que habían transformado en calzada años atrás, pero, aun así, el entorno no había perdido su encanto. Todo lo contrario. Últimamente, se podían contar con los dedos de muchas manos los ciclistas o gente haciendo *footing* que pasaban por allí. O *jogging*, como le había corregido un joven en una ocasión. Pero ya no era así. Desde la noticia de *El día que empezó todo*, aquella carretera había muerto. Ya no bajaba nadie del pueblo ni subía gente de la ciudad. Al menos, que Tipton hubiera visto. No había parejas ni padres con hijos ni mochileros ni campistas ni gente haciendo deporte que pasara por allí. La carretera ciertamente había muerto.

«Esperemos que esta no se levante», era un chiste que solía contarse Tipton en soledad.

El viernes pasado... Sí, el viernes por la mañana había despertado y, al salir en busca de Neo, percibió la presencia de una caravana en el área de descanso que había a unos trescientos metros en el margen del río.

La caravana seguía allí.

No vio merodear a nadie. Estuvo bastante pendiente y, desde entonces, la escopeta fue su fiel compañera, su inseparable novia, como decían en el ejército. Todos los candados disponibles aseguraban las dos verjas de entrada a su finca. Recordó a aquel hombre que apareció una vez en moto ofreciéndole un sistema de seguridad con cámaras de vigilancia y se maldijo por no haberle hecho caso. Fue magnífica la presentación que le hizo: con tres cámaras conectadas entre sí a un circuito cerrado de televisión podía vislumbrar todo el terreno. Desde los

naranjos hasta la bajada del camino de entrada. Con el zoom llegaría a ver incluso quién se acercaría desde el primer túnel, quién se marchaba por el segundo o incluso podría estudiar el comportamiento de los buitres que rondaban en círculos sobre la más alta de las buitreras. Sin embargo, le molestó el alto precio del proyecto.

El dinero. Sus malditos ahorros. ¿De qué servían los malditos ahorros cuando todo se había ido a la mierda? Había visto imágenes de la ciudad antes de que cortaran las emisiones. Ya no quedaba nada. ¿Los bancos? De pasada vio uno con las puertas destrozadas. Años y años como hormiguitas para que algún maldito hijo de puta, con excusa de la hecatombe, se hubiese llevado los ahorros de toda una vida. De toda una familia. De muchas...

Negó con la cabeza y desestimó seguir irritándose en vano.

En tiempos memorables, en aquel merendero donde se encontraba la caravana había visto pasar el día a familias, parejas y pescadores. Incluso la policía había echado a gente que pretendía acampar junto al río y las mesas de piedra pero...

Unas pisadas retumbaron abajo.

Clanc, clanc, clanc.

El sonido... El porche de entrada.

Dos golpes amortiguados, uno fuerte y un arrastrar. Pum, pum, PUM, trrrrrr...

Más tarde, intentaban abrir la puerta. Tipton fue hacia las escaleras muy despacio para que no descubrieran sus pasos. Agarró la escopeta y la amartilló contra el suelo. Regresó junto a su madre y con la mirilla comprobó la cancela de la finca. Estaba cerrada. Continuó mirando hacia un lado y dio con una parte de la alambrada rota. La hierba alta pisada hasta el embaldosado que llevaba a la casa y...

Sangre.

Asomó todo lo que pudo para ver por encima del tejadillo la mayor parte de la entrada, pero le fue imposible. Tipton notaba

la presencia de alguien allá abajo. Quedó totalmente en silencio y oyó cómo ese ser olisqueaba vigorosamente el aire. Lamentos y gruñidos. Por un instante pensó en subir sobre las tejas y acabar el trabajo desde allí arriba. Meditó que las posibilidades de caer a tierra eran muchas. Además, ya no tenía la agilidad de la que disponía años atrás. Si caía, estaría totalmente indefenso, probablemente lesionado. No tendría opción.

Esperó y, a los pocos segundos, obtuvo su premio. Un hombre alto, de pelo corto y cuerpo atlético avanzó hacia la cancela dándole la espalda. Seguía husmeando el aire. Tipton reparó en sus manos manchadas de sangre, como si las hubiese metido en el bidón de desperdicios de un matadero. El muerto dio unos pasos más y se paró. Levantó la cabeza y esta vez se deleitó con la fragancia que había llegado hasta sus fosas nasales. Era como un depredador cerca de una barbacoa que doraba carne. Tipton levantó el arma y le apuntó a la cabeza. Esperaría a que se diese la vuelta. Estuviesen como estuviesen las cosas, no dispararía a nadie por la espalda. Solo quería ver su rostro y mirarle a los ojos. Así los olvidaría. El tipo de abajo bajó la cabeza y se miró las manos, levantó una y se chupó los dedos.

Tipton quiso evitar el espectáculo.

— ¡Eh! ¡Oiga! —le gritó.

El hombre alto ladeó la cabeza. Dio un paso torpe hacia la izquierda y se giró. Tipton esperó unos segundos, no le miraba a él. El muerto estaba observando algo al otro lado. Siguió rápidamente su mirada para ver qué había atraído su atención. Con espanto comprobó que era una de sus ovejas. Se había escapado del redil y pastaba junto a los naranjos. El hombre alto comenzó a alterarse, a gritar con fuerza, y un tembleque se apoderó de sus manos. Su voz se ahogaba, pero resurgía otra más grave, como solo lo puede hacer la voz de un hombre adulto. Como si estuviese arrancando motores. Su cuerpo se fue irguiendo a la vez que sus pasos cogían más velocidad. Tipton apartó el carrito de su madre, bajó la escopeta y apuntó.

El hombre alto se lanzó sobre la oveja pero esta se apartó de un brinco. El muerto rodó por el suelo. Tipton sabía que no le sería fácil. Lo vio posarse sobre cuatro patas como un felino y entonces llevó la mirilla del arma hasta su cabeza y disparó. La descarga retumbó en el valle. La cabeza del hombre se repartió entre pasto y árboles. El cuerpo quedó como una imposible estatua romana.

La oveja desapareció de entre los naranjos y corrió hacia el redil.

El sudor que recorría normalmente el cuello de Tipton se enfrió. Cansado y con el flequillo sudado como cuando era joven, se volvió y encontró a su madre en la silla de ruedas con la mirada perdida en el suelo. Ni siquiera un estruendo de tal calibre era capaz de alterarla. Después del accidente, le había costado bastante tiempo dejar a su madre sola. Y cuando no tenía más remedio, pensaba egoístamente, contándose a sí mismo que podría morir en cualquier momento y él no tendría por qué estar delante. Además, era inevitable tenerla con él en cada momento. Cuando bajaba al huerto a trabajar, la llevaba hasta allí. Hablaba con ella, como cuando tenía uso de razón y ella por sus propios medios cogía su silla preferida y se sentaba a coser en el porche mientras él sembraba patatas, tomates o pimientos. Aquello parecía tan remoto. Como de otra vida. Tipton llevó nuevamente la silla de ruedas hasta la ventana y le dio un beso a su madre. Luego bajó y, cuando salió al salón, atrapó la gorra que colgaba sobre el mueble. Se la colocó hacia atrás, resopló y se dispuso a salir fuera.

En el pórtico había un charco de sangre. La puerta estaba peor. Poco quedaba de su albeado original. Ahora parecía un cuadro abstracto de esos que tenían en la ciudad. Tipton avanzó hasta el camino enlosado con la escopeta en alto y apuntando a cualquier cosa que se moviera. De momento, no había ninguno más. Llegó hasta el cuerpo del hombre y lo inspeccionó con el pie. Tendría que enterrarlo. Echar tierra y fumigar toda

esa parte. Se preguntó cómo habría entrado, y entonces recordó la abertura en la alambrada. Fue hacia allí. Un pequeño agujero por el que se colaban los perros le sirvió a aquel tipo para entrar. ¿Tan listos eran o la había encontrado por casualidad? Ahora la abertura se había convertido en un enorme agujero.

Oyó pasos en el camino. El chisporroteo de la grava le alertó de que alguien se acercaba. Tipton se echó hacia atrás para ver tras la cancela. Un niño venía corriendo desde el merendero. Quizás fuera el hijo del tipo sin cabeza que yacía a sus pies. Aquella caravana había traído la enfermedad a su tierra. Tenía que quemarla. Dios le enviaba pruebas. Ahora un niño. ¿Sería capaz de matar a un niño?

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —gritaba el crío.

Sus pasos no eran firmes. Pero su voz sí. Detrás de él, de la espesura saltó a la carretera una mujer menuda, largo pelo rizado y grandes pechos al descubierto. La mujer primero observó su entorno, como desorientada. Después echó a correr tras el niño. Mientras corría, el cuerpo de la mujer se encorvaba como el de un gato y gritaba.

Dios, cómo gritaba. Con más fuerza que el hombre antes de atacar a su oveja.

—¡Corre! ¡Corre, por Dios! ¡Corre! —indicó Tipton desde la cancela.

Junto a la verja, rebuscó en sus bolsillos. Buscaba las llaves del cerrojo. Era inútil. No las llevaba encima. No las había cogido del salón. El niño llegó hasta la cancela. Tenía la cara sucia. La sangre en su piel se había vuelta negruzca. Le habían arrancado pelo en gran parte de la cabeza.

—Ayúdeme señor —dijo al llegar y sin aliento—, mi padre se suicidó anoche. Esta mañana quiso mordernos. No comprendía... Intentamos hacerle comprender. Todas las enfermedades tienen cura, ¿no? Lo decía mi abuelo... Él puede...

—¡Calla! ¡Corre! ¡Ven por aquí! ¡Por el agujero, niño! —Tipton trotó hacia su derecha. Intentó que el niño viera la abertura

en la valla. Pero el pequeño no paraba de hablar y hablar, y permaneció allí observando con terror lo que se le venía encima. La mujer desnuda de pelo rizado llegó y se abalanzó sobre el niño como una leona. Tipton regresó, sacó la culata entre los barrotes y le asestó un golpe en la cara que la tiró de espaldas.

— ¡Ven niño! ¡Maldito seas! ¡Hazme caso!

Le señaló el hueco y esta vez el pequeño comprendió. La leona se estaba levantando.

«¿Qué hago, Dios? No me obligues a matar a un matrimonio el mismo día...».

Por un segundo contempló los gigantescos nubarrones que se abatían sobre el horizonte. Cómo el viento se volvía cálido, la lluvia se acercaba. Cómo olía a tierra mojada. Su madre solía decir: «Huele a verano».

«Dios, esto es para volverse loco...».

Sacó el cañón entre la alambrada y disparó a la mujer que intentaba comerse a su hijo.

Fin.

El niño se tiró al suelo tapándose los oídos como si una bomba hubiese caído del cielo. Tipton se acercó y levantó la malla.

— Pobre... Paula — gimió el niño, mirando el cuerpo. Cuando se puso en pie, parecía diez años mayor. Continuó apretándose el oído derecho. El disparo le había ensordecido.

— ¿No era tu madre, hijo?

— Mi tía. Paula era mi tía.

Tipton sintió cierto alivio.

— Pero tiene usted que ayudarme — insistió el niño —. Mi madre está aún en la autocaravana. Está viva. Encerrada en el altillo. Conseguí atraer a mi padre y a mi tía para que se olvidaran de ella. A mi padre conseguí despistarlo, pero a Paula no. Con ella no pude... — El niño volvió a mirar el cuerpo sin garganta y de pronto, como si algo le hubiese asustado, se apartó de Tipton.

— ¿Qué te pasa? — dijo el viejo.

—Huele usted a cera.

—¿Cómo?

El pequeño negó y miró a sus pies:

—Nada —murmuró, y se llevó las manos a la cara para llorar.

—Tranquilo. Eso no... ¿Cómo te llamas?

—Lucius.

—Mira Lucius, no sé qué está sucediendo, pero llorar no te servirá de nada.

—¿Quién es? —preguntó el chico.

—¿Quién...?

—Esa señora de ahí. ¿Por qué nos saluda? —Lucius se limpiaba y señalaba hacia la casa.

Una gota descendió del cielo y dio en la frente de Tipton Brahman. Al girarse contempló cómo su madre... Su madre estaba saludando. En realidad, no lo hacía. Aunque daba esa sensación. Tipton vio a su madre de pie, haciendo gestos con las manos y aporreando el cristal con fuerza. Gritando como uno de ellos. El pelo suelto por los constantes meneos de cabeza y la boca abierta. Tipton pensaba que lo tenía asumido. Pensaba que no lloraría el día que su madre muriera. Pensaba que debía estar cerca para cuando eso ocurriera y así poder actuar con presteza para que ella no regresara ante sus ojos.

No consiguió evitar nada de lo que tenía pensado. A lo lejos, muy a lo lejos, vio un avión entre las nubes. Oscuridad y silencio. Últimamente su madre se movía mucho. Quizás estuviese mejorando... Todo lo contrario. Una mezcla de miedo, aprensión e incredulidad le recorrió la espalda.

—Vamos hijo, tengo que matar a mi madre.

CANDI

Candi Staton apoyó la cabeza en la ventanilla del tren y con un dedo se masajeó la sien que le quedaba libre. Pensó en cómo empezaron sus problemas y dio paso a los del mundo con un fundido en negro. Recordó la última conversación que tuvo con su médico en su lugar de vacaciones.

— ¿Qué le pasa?

Candi le explicó. La noche anterior había tenido una fuerte discusión con su marido. Después, insomnio. Hostilidad. Ataques de mal genio. Su esposo había cambiado con los años: pateaba las cosas y gritaba. Se sinceró aún más con el doctor y le comentó que su marido se había vuelto cada vez más celoso. Su trabajo, su trabajo de toda la vida, tenía la culpa: le obligaba a estar todo el día viajando. Todo el día en el avión. Él decía que, de la misma manera que se había liado con él, lo podría hacer con otro. Pues también él era piloto, aunque a su marido lo hubieran prejubilado por problemas de salud. Pero lo más importante, lo que había dado un vuelco a su relación, había sido que Edmundo la había emprendido a golpes con ella la noche anterior, y había perdido el conocimiento. El médico preguntó:

— ¿Qué pasó?

—Lo destroza todo cuando le entran los celos. Últimamente, ha empezado a levantar mucho las manos cuando grita. En fin —le siguió contando—, siempre pensé que, como me golpeará algún día, lo denunciaría. Pero antes quise preguntarle a usted.

Candi tenía mucha confianza con el doctor. En la isla, muchas mujeres eran maltratadas. La mayoría, extranjeras. Y lo comentaban algunas mañanas en la cafetería.

—Pero, ¿la golpeó entonces? ¿Está bien? —La voz del doctor al otro lado del teléfono se distorsionó un poco.

Candi miró hacia atrás porque escuchó ruido. Su marido intentaba poner en su sitio un mueble caído durante la discusión. Candi se obnubiló por un segundo, pero al instante se repuso.

Siguió adelante.

—Un chichón en la cabeza lo confirma. Me debió de dar muy fuerte el hijo de puta, porque no recuerdo cómo llegué hasta el dormitorio —dijo mirando a los ojos de su marido y apretando con fuerza el auricular.

—Oye, ¿con quién hablas? —replicó Edmundo.

Candi no contestó.

—¿Señora?

—Dígame, doctor.

—¿La ha violado?

Candi se pasó la mano por el vientre y notó el dolor, pero no dijo nada.

—Aun así, señora Staton, le pediría que no saliera de su casa hasta que se aclare la situación.

—¿Cómo dice? ¿Qué situación?

—¿Quién es, nena? —preguntó Edmundo—. ¿Qué pasa?

—¿No ha visto usted las noticias? —vocalizó el doctor.

—No.

—No pongo en duda lo que me cuenta, señora Staton. Pero tengo que dejarle. Seguimos en contacto. Le llamo en unos días. Tengo un problema con mi...

La línea telefónica se cortó.

—Enciende el televisor, por favor —pidió Candi a su esposo—. Ha tenido que ocurrir algo gordo.

Su marido se alejó del sofá. Avanzó hasta el aparato con el ceño fruncido y se sentó. Edmundo la miró de reojo con una media sonrisa. «¿Con quién estaría hablando la muy puta? Lo averiguaré», decía esa mirada.

En todas las cadenas daban lo mismo.

Candi miró en derredor, como si pudiera verlo todo con otros ojos. Desde otra perspectiva, como si ella fuera un personaje y pudiera contemplar a los que estaban al otro lado desde la butaca de un cine. Vio a Edmundo: un personaje atractivo ultimando los cuarenta, simpático, que cuando se acicalaba era todo un sueño poseerle. Pero el cual, viéndolo desde la butaca, con el miedo metido en el trasero, camisa azul medio reman-gada, calzoncillos visibles y barba de tres días, se había vuelto principal candidato supremo a presidente de los ineptos.

Edmundo pulsaba constantemente el mando de la televisión. Se iba convenciendo de que en todos los canales hablaban de lo mismo. A Candi le sobrevino aquel miedo profundo que sintió el día del ataque terrorista a las Torres Gemelas. Era lo mismo. El principio de algo. El fin de todo. Películas de acción en los noticiarios.

Pero, ¿el qué?

Pronto vomitaría. Tenía el estómago revuelto. Mucho calor. Cogió el paquete de la mesita del teléfono y encendió un cigarro. Seguía sin haber línea.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué ataca la gente a la policía? —se preguntaba a sí mismo Edmundo—. ¿Qué tipo de locura es esta? ¿Un ataque bacteriológico o algo así, nena?

—Mierda, algo nos han hecho —murmuró Candi.

SUSANAH

Susanah estaba llorando.

La gente del pueblo se congregaba en el amplio salón de la iglesia y hablaban unos con otros. Caminaban por la delgada línea que separa la intranquilidad y el pánico. El murmullo constante ponía de los nervios. El murmullo era constante. El cura rogó una vez más a los aldeanos que se fueran sentando cada uno en sus asientos para saber si estaban todos. Que guardaran silencio. En ese momento, entraron por el portón tres señoras más. Cogidas de la mano tal y como había descrito Ben Respibi el día que se dictaron las normas de seguridad antipánico. Algunos de los primeros en llegar rezaban en voz baja junto a sus mujeres. Sentados en los bancos, sus ojos no prestaban atención al crucificado. Sí a las nuevas incorporaciones.

El tiempo se agotaba. Pero allí, en el centro del pueblo, bajo la cruz del Señor, no había más que tiempo. Todos se volvieron para mirar al padre Mile que nuevamente subía al altar y mecía con suavidad a la pequeña Susanah para que dejara de llorar. Hubo unos segundos de silencio y oyeron como la niña regurgitaba. El padre Mile cogió una gasa y se la pasó por el rostro tras la toca rosa. Mientras la mecía con su mano, la pequeña

se calmaba por momentos. Su llanto no desaparecía del todo, pero se convertía en ingrátido lamento.

Mile llamó a Zack, el hijo de los Snyder, y le indicó que fuera al campanario por el pasillo interior y avisara a Jason para que dejara de tocar las campanas. Luego, miró su reloj y se acercó al micrófono del altar.

— Ya es la hora, Ben — dijo.

Ben Respibi asintió, se acercó a la entrada, miró fuera y acto seguido echó el cerrojo a la hoja que permanecía abierta. El portón estaba cerrado. Las campanas dejaron de sonar. Sobrecogidos, el silencio absoluto se apoderó de la estancia. Los susurros del bosque se acrecentaron y los aldeanos se observaron entre sí. La penumbra caía sobre las ventanas y sobre ellos. Alguien sugirió que debían cerrar las cortinas. Jason y Zack regresaron a la estancia haciéndose bromas hasta que vieron los ojos de los mayores. Cabeza gacha, regresaron cada uno a su asiento. Con una expresión circunspecta en su rostro, el padre Mile dijo:

— Veo que solo faltan Samuel y Vivian Day.

Retumbó en la sala algo parecido a un suspiro. La mayoría de las personas buscaron los huecos vacíos en el tercer asiento de la hilera del centro para comprobarlo con sus propios ojos.

— También faltan la señora Sarmiento y su hijo — dijo Chidi, una señora muy respetada en el pueblo. El padre Mile asintió.

El día que convinieron ir a la iglesia cada vez que se tocaran las campanas, la dueña del centro comercial y su hijo se negaron. Poseían una enorme casa al final de la calle principal. La vendieron y compraron el inmenso terreno de los Ghedi cuando estos se marcharon a su país. Lo derribaron todo. Poco tiempo después levantaron el centro comercial. Nadie supo de dónde salía tanto dinero. No obstante, el éxito estaba asegurado. No había ningún proyecto parecido en un pueblo tan pequeño en ningún lugar conocido. Incluso venía gente de los pueblos colindantes para ver el encomiable diseño que los Sarmiento habían sacado adelante.

«Tenemos las mejores alarmas de seguridad. Nuestra casa es el centro comercial ahora. Sus muros nos protegerán mejor que esa iglesia, gracias», le oyó decir Mile a la señora Sarmiento aquella tarde de debates.

Cierto era que no les faltaba nada en el edificio.

Los ojos de Mile se volvieron hacia Ben Respibi, que reposaba en el portón con las manos enlazadas sobre su estómago como un buen vigilante de seguridad.

—Aparte de Samuel y Ben, ¿alguien más tiene armas de fuego?

La pregunta la había hecho en cada reunión. Mile siempre esperaba que alguno de ellos hubiese encontrado alguna por casualidad o que, si antes no lo había hecho, ahora lo contara. Pero nadie contestó y se limitaron a negar con la cabeza algunos o a desviar la mirada otros.

La pequeña Susanah levantó su manita y la agitó en un gesto de desconsuelo. Quiso arrancar a llorar. El cura volvió a mecerla y nuevamente se escuchó un leve sollozo.

Ben Respibi cerraba las cortinas de los dos ventanales y se observaba a través de uno, con la mano sobre su pistola.

Drew Cassy pasaba de los cuarenta, pero no se le notaba: podía pasar por una recién estrenada treintañera. Vestía muy bien y era presidenta del antiguo club de deportes y jefa del equipo de tenis de Rotten. Su zurda había llevado al equipo al segundo puesto de la región en una final inolvidable varios años atrás. Justamente el año que Mile había llegado al pueblo. Drew levantó la mano y salió a la palestra.

—¿Habéis pensado por un momento lo que estamos haciendo? —interrogó a sus paisanos dándole la espalda a Mile—. No podemos encerrarnos aquí. Esto es una locura. Deberíamos irnos a uno de esos refugios que dicen en la radio. Aquí pronto se nos acabará la comida. Cualquier otra cosa necesaria se terminará. Al final, tendremos que salir a la desesperada y esos seres estarán esperándonos. ¿Creéis que

aquí no entrarán por estar en la casa de... por estar donde estamos? —Nadie respondió. No era la primera vez que Cassy exponía el tema. Los miró a todos, pero siguió sin apoyo—. En fin... —dijo, sintiendo que nadie le atendía—. Tampoco creo que porque llore esa niña tengamos que asustarnos. Han sido meras casualidades. Lo siento, Nehemías: no me lo creo y ya está —dijo al cura.

La mujer sentada junto a ella le tendió la mano y Drew se sentó.

—Pues yo sí que lo creo —dijo alguien al fondo. Era Jimmy Laymon. Jimmy había perdido a su madre y a su hermana el día del cementerio. Con los brazos cruzados, aparentaba seguridad. Jimmy también estuvo a punto de morir ese día. Su amigo de toda la vida, Sung, le salvó de uno de ellos, aunque tuvo que pagarlo con su vida. Jimmy lo pasó muy mal. Estuvo a punto de suicidarse esa tarde. Mile fue a visitarlo y evitó que se derrumbara—. Gracias a esa niña estamos vivos.

El padre Mile decidió no intervenir. Una de las cosas que había aprendido de aquella gente era a permanecer en silencio cuando se deseaba evitar un tema. Mile jamás se consideró un líder. De hecho, ni cuando había tenido la oportunidad (por ejemplo, en las misiones) había deseado serlo. Por eso rezaba en su fuero interno para que Samuel Day apareciera de una vez; o, al menos, estuviera vivo.

Samuel Day era un hombre muy respetado en Rotten. Fue de los pocos que supo reaccionar al suceso del cementerio. Como inspector de policía mostró su experiencia en casos de pánico extremo. Había mantenido la calma y había salvado la vida de mucha gente. Ahora estaba retirado, pero fue el único que mostró liderazgo cuando los resucitados acabaron con la vida de Sung y Carrasso, la extinta autoridad en el pueblo. La gente necesitaba tener a alguien a quien seguir. Y ese, por el amor de Dios, era Samuel Day.

Allí, en el campo, algo marchaba. Lo veía. La penumbra se espesó para transformarse en noche, y sus pasos se perdieron en las sombras y las hojas secas. Las montañas echaron el aliento, que se convirtió en neblina, y el sol se extinguió como si se hubiera ahogado.

Ben Respibi cerró la cortina y comunicó que no se distinguía nada. Aseguró que era mejor que las luces del interior de la iglesia no penetraran en la noche. Aunque una esplendorosa luna llena se mostraba madura en el horizonte.

André Prod, el panadero del pueblo, preguntó al padre Mile si veía factible acomodar el antiguo refugio de la iglesia para ocasiones como esta. Durante el día, entre todos, cada uno podía poner de su parte y rellenar poco a poco la despensa que había abajo. Por supuesto, antes habría que limpiarla y demás.

—Quién sabe si alguna que otra vez tendremos que pasar aquí tanto tiempo como para tener que comer y dormir.

Mile, consciente de que aquellas palabras asustarían a parte de los congregados, intervino:

—André, sabe usted tan bien como yo que eso no ocurrirá. Debemos evitar la situación y que el caso vaya a mayores. Todo esto, tarde o temprano, terminará. Alguien dará con una solución —aclaró—. De todas formas, no me parece mal si la idea es aceptada por el Consejo. Aunque os recuerdo que habría largo trabajo que hacer: el refugio lleva muchos años cerrado.

Llamaron al portón.

Ben Respibi corrió hacia la puerta y la gente se revolió en sus asientos. La mayoría de los hombres se pusieron en pie y unos cuantos se acercaron a Ben y se colocaron a su retaguardia.

—¡Abrid! ¡Abridnos por lo que más queráis!

Gracias a Dios, era la voz de Samuel Day.

MITCH

El rumor del agua era dulcemente relajador. El olor a tierra mojada en la gruta enternecía los sentidos. Sin embargo, lo que le hacía disfrutar del momento allí, en el culo del mundo, era la ausencia de voces humanas. Hacía rato que no escuchaba a nadie. Por un momento, rechazó el amodorramiento. Pero sus ojos en la oscuridad de la cueva de poco servían. Así que dejó caer sus parpados y se dejó llevar.

Dejarse llevar.

Entonces se incorporó de un salto. El corazón le latía violentamente, tenía la mano en la pistola y el estómago vacío. Lo único con lo que contaba su estómago para combatir el hambre era una sustancia sin peso. Su estómago profirió un indescriptible sonido y Mitch se arrugó en la penumbra. La luz del enlace parpadeaba y el irritante sonidito calaba en el alma. Colgó. Y durante un rato permaneció sentado allí, inmóvil, preguntándose qué le había despertado. ¿Un sueño? Parecía más un pensamiento en la semiinconsciencia del despertar. Una calavera. Una calavera y cientos de ellas detrás. Una carretera y un tío gordo corriendo para salvarse. Un fulgor verde y la muerte. Los ojos de la muerte, la boca de los vivos.

El rumor del agua desapareció de sus oídos y se oyeron unos pasos de alguien entrando en la cueva. En la entrada apareció la silueta de un hombre pequeño, de comportamiento exaltado y manos abiertas. El hombre vestido de color caqui se dirigió con cautela hacia las pertenencias de Mitch. ¿Había dicho algo? Le dirigió una mirada inquisitiva y el soldado se clavó en el sitio.

— ¿Mi capitán? Me envía el sargento. Quiere saber si usted ha recibido el mensaje.

Mitch recordó el enlace y su endiablado sonsonete.

Lo había apagado de mala gana. Ese sargento era demasiado idiota. No le dejaba en paz. Mitch odiaba la preponderancia. Tan odiosa como tener que soportar unas maniobras en el campo cuando lo que uno deseaba en esta época era estar con la familia.

— Qué quiere el sargento ahora — respondió Mitch con sequedad.

— ¡Ha ocurrido algo! — gritó el soldado desde el agujero en la roca. El hombre vestido de color caqui dio un paso al frente y se detuvo. Mitch observó cómo su silueta se empequeñecía al ingresar en la débil oscuridad —. Hemos escuchado un fuerte estruendo, mi capitán. Varias explosiones — continuó —. El sargento me alertó para que le avisara. Espera órdenes en el punto de referencia AK-12.

— ¿En el camino de los túneles? ¿Tan lejos ha ido?

— Sí, mi capitán... La tierra tembló bajo nuestros pies.

— Qué raro — reflexionó Mitch. La sexta compañía jamás usaría ese camino para atacar. No tenía nada que ver con lo previsto. Llevaban dos días sin tener noticias de la base. Era inusual, pero no anormal. Cada mando era libre de crear nuevas estrategias. Las compañías buscaban modos de divertirse dentro de las rutinarias maniobras. Mas no se esperaban sorpresas para estas. El comandante le aseguró que serían tranquilas y pasajeras... Típicas. Aunque, ahora que lo pensaba, quizás solo quería calmar su berrinche y cortar sus quejas.

Se agachó y empezó a atarse las botas.

—Espéreme fuera, por favor.

—¡A la orden, mi capitán!

Al acercarse donde había dejado colgadas las trinchas, disminuyó su ritmo. Porque, con cada paso, el incipiente presentimiento tomaba una forma más consistente y horrible. Comprobó que estaban todos los pasadores y se puso las amarras. Cogió su arma y la colocó en el cinto. El cargador en la otra parte. Subió a sus hombros el enlace (¡Mierda, cómo pesaba la caja de hierro!) y salió.

Rescató la gorra del bolsillo lateral de su pierna y se la ajustó en la cabeza.

La barba le picaba. Pese a estar oscureciendo aún había claridad en la garganta. Un último rayo de sol ensartaba el desfilar de oeste a este. Arriba, en la buitrera, los buitres habían desaparecido. Normalmente, hacían círculos sobre sus cabezas, algo que arrancaba decenas de bromas entre los soldados. Pero ahora no estaban. Y sin embargo, él se encontraba allí. El aire seguía siendo puro, lleno de ese otro aire que alteraba los sueños, y el agua seguía descendiendo sobre la roca a través de las cientos de cataratas que se habían constituido hasta donde alcanzaba la vista.

Mitch miró al soldado y cómo había encendido un cigarro y apoyaba su pierna sobre un matojo que parecía una mujer abierta de piernas.

—Usted es al que llaman Rori, ¿no? —le preguntó.

—¡Sí, mi capitán!

—¿AK-12, entonces? Tire el pitillo y sígame. Vamos.

CANDI

Los vuelos más económicos salían a las cinco de la tarde, por lo que cogió el tren algo más temprano para estar allí a tiempo. Candi solía leer la prensa durante los viajes largos, pero ahora era lo último que deseaba ver. Decidió perderse entre los paisajes de montaña que circulaban a toda velocidad por los ventanales del vagón, leer un par de páginas del libro de Marian Keyes que tenía entre manos y regresar a la espesura.

Campos inmunes al miedo.

El vagón estaba a rebosar. Frente a ella, un asiento para tres personas contenía siete individuos. Un letrero azul con letras blancas anunciaba que la máxima capacidad por departamento era de diez personas. Sin embargo, Candi dejó de contar cuando llegó a veinte. Ella había tenido la suerte de llegar temprano a la estación y ser de las primeras en subir al tren. Y, por supuesto, en coger asiento. Candi había abandonado a su marido a la hora del almuerzo. Dio una vuelta a la manzana para respirar aire fresco y su maleta con ruedas ya esperaba en la esquina.

Sus pensamientos regresaron al vagón. A su lado, un señor bastante mayor intentaba no molestarla con el codo, pero era tarea imposible. Con el traqueteo y tanta gente por asiento, poco a poco se iban resbalando y la presión se acentuaba. De

todas formas, el señor era todo un caballero e intentaba no rozarse demasiado. Teniendo en cuenta que en estado de alarma todo vale, los derechos de las personas desaparecen. Aquel caballero se disculpaba con un leve gesto de su rostro arrugado o poniendo la mano sobre la de Candi y pidiendo perdón. El viejo iba bien abrigado con una gabardina marrón de lana y sombrero negro. Debía atravesar uno de sus últimos inviernos. El frío le debilitaba, pues no paraba de tiritar. Articulaba palabras bajo la bufanda, pero no llegaba nada entendible a sus oídos. Una de las veces, Candi tuvo la impresión de que el hombre estaba rezando y eso le puso los pelos de punta.

Un fuerte nerviosismo gobernaba todo el vagón. Probablemente, el tren en general. Los que iban acompañados murmuraban con los de al lado, los de enfrente. Y los que no... Lo cierto, es que era imposible saber quién se conocía ya de antes. La palabra se iba cediendo como en un debate organizado.

Los altavoces anunciaron con voz serena la próxima parada: un nombre que Candi no recordaba. De algún lejano lugar llegó un leve silbido de válvulas neumáticas y el vagón se sacudió varias veces. Comenzaron a verse, a través del ventanal, sendas luces como faroles indicadores de vía. Caía el sol de la tarde tras la pradera labrada y árboles remotos. El frío repentino comenzó a hacer mella en los cristales y el vapor se fue apoderando del vidrio como una plaga. Los frenos chirriaron mientras las luces del exterior titilaban a modo acompasado.

Pegada al frío cristal, que le calmaba de la sofocación del interior del habitáculo, Candi observó a gente corriendo hacia la parada con mochilas a la espalda y maletas. Hombres, mujeres, niños de todas las edades, corrían hacia la muchedumbre que aguardaba en primera línea y que se aproximaba demasiado a la vía. Agitaban sus manos y gritaban.

El tren pasó lentamente por Winesbah.

Un rumor constante se fraguó en el aire de pronto. Candi no tenía ni idea, pero tuvo la sensación que de un momento

a otro ocurriría algo. El rumor en el interior del vagón creció. Una niña empezó a llorar al fondo. Dos más. Una mujer decía:

— Por favor, *por favor*... ¡Tengan cuidado!

Un hombre en el pasillo gritaba:

— ¡Que no pare, me cago en la puta! ¡No cabe más gente! ¡Que esperen al próximo!

Un chico oculto entre pelo y *piercings* saltó de su asiento y señaló a Candi.

— Señora, aléjese de la ventana — aconsejó.

Un fuerte impacto retumbó en el cristal un segundo después. Candi cayó hacia atrás sobre el viejo de la gabardina. La gente empezó a gritar. De repente, el vagón se llenó de incesantes y atronadores golpes a la chapa. La gente del interior esperaba asustada en sus asientos y contemplaba con espanto la desesperación de los de fuera. El estruendo sobre el metal ensordecía y dañaba los tímpanos. Una gran piedra se estrelló contra otro de los cristales y lo llenó de estrías.

— ¡Pero serán hijos de puta!

— ¡La gente está loca, vamos!

— ¡Pues ya que no pare!

— ¡Eso! ¡Que les den por culo a todos!

Los de fuera seguían golpeando el tren. Los más jóvenes lanzaban patadas. Otros suplicaban. Algunos maldecían al gobierno. Unos pocos corrían junto a las puertas y tiraban de estas para abrirlas. Dentro, al otro lado del vagón, la multitud que permanecía en pie se alejaba como podía hacia el pasillo. Buscaban refugio en el otro costado. Los que estaban sentados aguantaban con terror para no perder su sitio, aunque algunos no pudieron aguantar y se levantaron.

Rápidamente, otros ocuparon su lugar.

Desde el regazo del viejo, Candi vio las siluetas difuminadas recriminando con las manos. Piedras de todos los tamaños volando hacia el convoy y golpes de todos los tipos.

— ¡Oiga, la niña! ¡No empujen a la niña! — se oyó en el pasillo—. ¡Están aplastando a la niña! ¿De quién es esta niña?

Llantos.

Los cristales aguantando a duras penas. En uno de ellos apareció un agujero de bala. La gente empezó a gritar. El chico mulato que aguardaba como Candi su destino, pero al otro lado, se tapaba los oídos con ambas manos y con sus pies empujaba el cristal.

Candi sintió por fin la fuerza de la máquina cogiendo rapidez. Las luces de fuera empezaron a titilar con mayor insistencia. Un suspiro general reinó en la sala, aunque algunos pasajeros seguían escondiéndose de un peligro del cual empezaban a estar a salvo. Sin embargo, los de la puerta aún estaban apilados como becerros.

Los golpetazos fueron cesando. Alejándose a medida que el tren cogía velocidad. Pronto el desasosiego se convirtió en debate. Los gritos pasaban a vagones traseros, pero allí duraron poco.

— ¡Madre de Dios!

— ¿Pero qué ha pasado?

— Dieron un aviso en las noticias de que algunos trenes no pararían en pueblos pequeños.

— ¡La gente es muy bruta, joder!

— ¡Podían haber herido a alguien! ¡A algún niño...!

— ¿Y qué ha considerado el gobierno como *pueblo pequeño*? Porque me gustaría saber adónde me lleva este puto tren entonces.

— Yo voy a Gregory. Como no pare...

— Esto va de mal en peor. La desinformación nos mete a todos el miedo en el cuerpo. Ese mensaje por la radio pone nervioso a cualquiera. No pueden arruinarnos la vida así. Tienen que decirnos qué está pasando, Virgen santa.

— Pero, mire usted: es que la gente no se entera. No-lo-sa-ben.

— ¡Aparten! ¡Apártense, por favor! — Un joven alto y bien peinado propinó unos cuantos codazos y se hizo sitio en la puerta

para entrar. Cogió a la niña perdida y la atrajo hasta él. La niña casi había perdido el aliento a causa del llanto y el bullicio.

— Levántala, ponla en alto. Que respire bien — dijo una mujer con gafas azules de profesora. El joven la alzó y se la puso sobre los hombros. La niña dobló la cabeza y lloró con más fuerza. Estaba muy asustada.

Candi se reincorporó y pidió perdón al hombre en el que estaba apoyada. El viejo tenía los ojos cerrados. «Duerme como si estuviera muerto», pensó. Aquella idea le heló la sangre. Aun así, estaba demasiado alterada para imaginar cosas. Desconcertada, se esforzaba en observar a los demás y, al mismo tiempo, no mirar a la niña que lloraba. Dejar de oír los llantos era una buena medicina. El agobio que desprendía no era normal.

Frente a ella, una anciana lloraba y se quejaba en silencio. Vestía de negro. Candi recordó a Edmundo. Ella jamás vestiría así. Entonces, en una zona de su conciencia, flotó un aviso sobre el desconcertante momento que estaba viviendo... Había hecho lo que todo el mundo. Huir.

¿Huir?

Huir.

Los medios de comunicación llevaban días aconsejando.

*... Si en su zona no detectan ninguna actividad,
quédense en casa y cierren todas las puertas.*

No abandonen sus hogares.

*Eviten hacer viajes largos y, por favor,
cierren todas la puertas...*

¿Y no era peor quedarse en casa? Si se termina el mundo, ¿quién espera sentado? ¿Puedes quedarte quieto y sin hacer nada? ¿Quién no busca por encima de todo estar junto a sus seres queridos? Probablemente así habían pensado los cientos de personas que iban en el tren. Los millones de personas que habían comenzado a desplazarse en todo el país. El

mundo estaba en movimiento. Aunque aún no se sabía qué ocurría realmente. Los noticiarios, la radio y la televisión se habían llenado de cantidad de programas que aventuraban teorías a diestro y siniestro. Internet mostraba cientos de páginas con imágenes de lo que estaba ocurriendo en diversos puntos del mapa. Desde el primer día. El segundo, habían desaparecido. Se corrió el rumor de que el Estado se había encargado de censurarlas.

Teorías.

El gobierno aún no había comentado nada. Un tipo flaco y con perilla del Ministerio de Defensa había salido a rueda de prensa con una expresión amarga. Al aluvión de preguntas de los periodistas se limitaba a responder con un simple:

—No lo sabemos.

Candi pensó en Edmundo otra vez. Quizás su marido no la había maltratado. La verdad es que no recordaba nada y eso la ponía furiosa. ¿Tan fuerte le había dado como para no saber? Pero entonces... ¿Por qué acusarlo en estos momentos de incertidumbre? Se había dejado guiar por su intuición y lo había abandonado. «Que se vaya al infierno», se dijo. Empezó a imaginar a los policías de la comisaría en el hipotético caso de que hubiese ido a denunciarlo:

—Señora, ¿se acaba el mundo y usted viene ahora a poner una denuncia de maltrato? ¡Vaya tela!

Se sintió muy pequeña. El cabrón de su marido parecía saber lo que iba a ocurrir y aprovechó el momento que tanto había deseado para atizarle.

No.

No era el momento adecuado. Fue consciente. Edmundo había sido el hombre de su vida. Por supuesto que le amaba. Se lo había dicho cientos de veces. Es más, aún lo pensaba pero... no. Edmundo había roto el lazo. Le había pegado y la había dejado inconsciente. Pagaría por ello.

Candi se había encargado de que así fuera.

—Esto solo empeora las cosas —dijo el chico mulato de enfrente. Llevaba una blusa de flores amarillas y violetas. Unos pantalones verdes. Camisa no, blusa. El chico de piel morena se levantó y puso una rodilla sobre el asiento en el que estaba sentado. Desde allí, con sendos golpes, ajustó el cristal por cada lado y la ventisca que entraba se apaciguó.

Candi no supo si aquel chico se había dirigido a ella. Ella seguía ensimismada en sus pensamientos. Sobre todo en los que continuaban arremolinados en su estómago. Necesitaba hablar con alguien. Hablar. Un misterioso deseo de hacerlo, como si supiera que aquel viaje iba a ser el último, le embelesó los sentidos. La fatiga subía por su garganta. No era el momento. No podía ir al lavabo. Tampoco podía vomitar allí. Desestimó abrumarse y quiso ser fuerte. ¿Había actuado de una forma cruel contra su marido? En su pérfido corazón salía a flote la espina. La espina era haber abandonado a Edmundo después de haberle tirado por el váter todas las pastillas del corazón. Lo imaginó muerto en el sofá, mirando la foto del beso de recién casados. Amor perdido, agotado, extinción. Eso la estaba matando. Perdió su asiento e intentó atravesar la marabunta de gente cuando el tren alcanzó su máxima velocidad.

SARA

Tras el volante de su Hyundai, Sara Balaban sonrió, embebienda por la belleza de las montañas y por la emoción de estar un paso más cerca de su lugar de origen. *Liberation in a Dream* sonaba por los cuatro altavoces y eso aumentó su excitación. Mientras se acercaba el crepúsculo, los árboles — pinos y abetos — que rodeaban a la estación parecían vestidos con el mismo fieltro que cubre las mesas del billar.

Había tardado muy poco en llegar a Winesbah. La autopista estatal estaba desierta hacia el norte. Únicamente había tenido que serpentear algunos coches a la salida de la ciudad, y cuando había llegado al paso de montaña, toda la vía había sido para ella. Cuando llegó al pueblo en el que había decidido dejar el coche para evitar la posibilidad de quedarse aislada y sin gasolina en algún punto de la Ruta Norte, solo tuvo que preguntar una vez para cerciorarse de dónde estaba la estación.

Pero no fue difícil. La cantidad de árboles descritos se apiñaban en torno a la carretera y marcaban el paso a través del campo. Sara dirigió una mirada al aparcamiento de la estación y se temió lo peor. Corrió al maletero, extrajo las dos maletas y tiró de ellas como pudo hasta la terminal de paredes blancas y grises.

Dentro, comprobó que le sería imposible atravesar las puertas que llevaban al apeadero, pues se encontraban abarrotadas por multitud de personas que se empujaban entre sí. Sara pensó que tendría la suerte de coger el primer tren sin tener que esperar, pues gracias a Meli había conseguido el billete de ida a Gregory por Internet.

Mala suerte. Decidió no esperar y salió de la estación de aquel pueblucho de mala muerte. Llevó las maletas al Hyundai y vio a muchas personas que se rendían como ella. Pero Sara Balaban no se sometía fácilmente. Así que, después de cerrar el coche, volvió y rodeó la terminal por el campo, el cual estaba lleno de grandes piedras y acechantes arbustos.

En el apeadero había más gente que dentro. El andén estaba repleto de familias. Algunos jóvenes caminaban incluso por el rail, esperando la llegada del tren. Otros se encontraban enfrente, donde empezaba el bosquecillo. Uno de los semáforos del borde se puso en rojo y algunos avisaron a los que por allí caminaban que venía el tren. Sara se maldijo por no haber cogido las maletas, aunque, ¿cómo habría podido cargar con ellas por entre las piedras que le habían robado un tacón?

Algunos empezaron a levantar la mano como quien espera en la parada del autobús. Los altavoces anunciaron la necesidad de apartarse del andén, el destino del ferrocarril y el tiempo de espera.

Dos minutos.

La multitud empezó a agolparse en las puertas. Se escuchaban insultos, un murmullo gigante como en los momentos previos a un concierto. Sara pensó en volver por las maletas corriendo e intentarlo, pero, cuando se giró, el tren salía de la curva en las montañas y se acercaba imponente.

Entonces, todo sucedió muy rápido: el tren aminoró al pasar por la estación a unos cinco metros de ella, continuó su marcha e inmediatamente, al ver como su espera no era tenida en cuenta, la muchedumbre sacó a pasear su maldad y la vileza

de sus sentimientos: niños y niñas llorando, mujeres gritando, hombres destrozándolo todo...

Sara echó a correr hacia el coche.

Sarita Balaban utilizaba el apellido de su madre porque era el último recuerdo que tenía de ella. Con dieciocho años, había sido la primera habitante de Rotten que había dejado el pueblo para ir a la universidad. Desde muy pequeña había sido una niña muy lista.

Mucha culpa de ello la tenía Max Rodríguez, su padre, que aunque no había terminado sus estudios, siempre estaba con un libro en la mano. La madre de Sara había desaparecido de sus vidas por culpa de una grave enfermedad en el estómago. Por entonces, Sara, con lágrimas en los ojos, pidió a su padre ciertas cosas que no le fueron negadas por lo grave de la situación.

La primera fue poder estudiar en la universidad.

Su padre jamás había pensado en separarse de su hija, pero no se pudo negar ante aquella mirada perdida y lastimera de unos ojos que le recordaban demasiado a su esposa. Porque su hija sabía aprovechar los momentos de bajón. Los aprovechaba por encima de todo. Porque ella captaba las oportunidades con ojo clínico. Cuando las cosas cuadraban... cuadraban. Por aquella época al tío Terens lo habían despedido de su trabajo en la fábrica y volvía a vivir con ellos.

Papá ya no estaría solo.

Sara supo que su padre intentaría retenerla usando a Brota, su novio de toda la vida. No obstante, ella hizo hincapié en la prioridad de labrarse un futuro mejor y regresar al pueblo con grandes opciones empresariales para elaborar proyectos de envergadura con las vastas y desoladas tierras del abuelo. Su hija debía saber hacer frente a situaciones como una mujer moderna. No como las demás jovencitas del pueblo que allí quedaban, para tener hijos como única ilusión en la vida.

El «futuro», era la palabra más importante para un padre con respecto a su hija.

Max cogió parte de los ahorros de la familia y mandó a su hija a estudiar a la ciudad. Pero ella no olvidó a Brota. No lo dejó formalmente. Sara decidió vivir la vida de verdad. En dos años de estudios, se había acostado con cantidad de chicos. Al menos, con todos los que merecían la pena. Y cuando regresaba el fin de semana a Rotten, pues doble ración de alegría para el cuerpo. No le importaba. ¿No eran *universidad* y *libertad* palabras concordantes?

Libre de verdad. *Liberation in a Dream*. Maravillosa canción con la que le había conquistado Joel, el chico de la cafetería, y que ahora sonaba de nuevo en los altavoces de su coche. No había por qué preocuparse: Brota salía con Carrelson y los chicos con los que trabajaba en Vany. Salían a beber y a pasárselo bien. Seguramente acabarían de putas cada fin de semana. Eso era algo muy normal, sobre todo, entre los hombres. Se lo había dicho Maury, el chico que tocaba la guitarra en The Resurrected y al que le encantaba morder su cuello.

Sara bajó un poco la ventanilla para fumar y sonrió. Se puso el cigarro en la boca y apretó el mechero del salpicadero. Sería el último durante un tiempo. Jamás había fumado (ni lo pensaba hacer) delante de su padre.

No sentía para nada remordimientos cuando se acostaba con algún ligue en la ciudad. Siempre pensaba en Brota. O, al menos, la mayoría de las veces. Porque con él se había iniciado. Era importante. Brota había sido su primer amor y eso era imborrable. En su corazón estaba grabada a fuego aquella primera vez en el bosque de los abedules sobre la roca del pescador. Pocos segundos, mucha intensidad. Cuando se lo había contado a Lisi, Tami y Osman en la universidad habían flipado. Sin embargo, ellos le advirtieron que fuera había todo un mundo por descubrir y cada relación era diferente. Sobre todo, los comienzos. Ninguno se parecía a los demás.

«Es aterrador querer olvidarse de ese cosquilleo que se siente cuando quedas para verte con alguien por primera vez», decía Osman con su voz amanerada.

Conocías gente nueva, que tenía aficiones nuevas, que amaba el mar por encima de todo, que soñaba con vivir en Nueva York algún día, que lloraba con una canción en un concierto... Cada relación era diferente.

Y Sarita Balaban decidió probar. Y le gustó. Era su secreto. Pero cuando no se podía ser más feliz —porque los primeros años de carrera le estaban pareciendo un paseo—, habían comenzado los disturbios. El mundo había cambiado de la noche a la mañana. La confusión había llegado también a la residencia universitaria, la cual se había despoblado de una manera alarmante. Un alto porcentaje de estudiantes había optado por la primera opción que ofrecía el decano: regresar a casa junto a los familiares hasta que el gobierno estipulara ciertas pautas y poder volver a la normalidad.

Sara regresaba a casa.

Con los pies descalzos, los vaqueros y la blusa de estilo montañero que le regaló su padre, conducía a más de ciento treinta kilómetros por hora a través de la Ronda Norte en dirección a Rotten.

La autopista estaba en su mayor parte desierta. Unos diez kilómetros después, pasó fugazmente junto a seis coches abandonados en la carretera. Un par de ellos estrellados contra el murete de contención y los otros, abandonados con las puertas abiertas como si sus ocupantes hubieran huido de algo a la desesperada. La imagen era sobrecogedora, pero Sara se llenó de valor.

La idea era coger el tren en Winesbah, recoger a Brenda en May y regresar a Rotten como hacían algunos fines de semana cuando el mundo iba bien. Los móviles hacía tiempo que habían dejado de funcionar. Aun así, tenía la esperanza de ver a su amiga en esa estación como tantas otras veces y abrazarla.

Abrazarla como su mejor amiga que era. Por un momento pensó que jamás volvería a verla. Sí. Brenda podría estar muerta. Muerta y resu...

El mechero saltó en el salpicadero. Sara lo atrapó y encendió el pitillo. Lo saboreó y con la misma mano puso la radio.

Interferencias.

Y.

Noticias.

... no ha sido un incidente aislado. Si viven en la zona norte, el refugio al que deben acudir es la Iglesia de...

Interferencias.

Repito. Iglesia de Santa Ágata en el veintidós de Rumiley.

Por favor, no abandonen sus hogares. Si en su zona no detectan ninguna actividad, quédense en casa y cierren todas las puertas. Repito...

Apagó la radio y puso música. ¿Cómo se permitían inducir el miedo por la radio? La desazón que transmitía aquel mensaje le recordó que la mayor parte de las gasolineras habían cerrado. Se la estaba jugando, pero no tenía otro remedio. No sabía en qué punto el coche la dejaría tirada. Con toda seguridad iba a ser en medio de la nada. Antes de meterse en la autopista había tenido la esperanza de ver a más gente en la carretera. Con un poco de suerte, haría autoestop y alguien terminaría llevándola.

Pero la suerte no está cuando más la necesitas. Y seguía sin ver un alma. Sara estaba sorprendida y complacida ante la facilidad con que había llegado hasta las montañas. Recordó no pasarse y salir por el desvío donde estaba el cartel azul con la caravana del desguace de Quinton en lo alto. No sabía si acelerar mucho, para después ir jugando con el punto muerto, u olvidarse de todo y que la suerte dispusiera su camino.

Optó por lo primero y puso el Hyundai a su máxima velocidad para después quitar las marchas. La carretera comarcal

descendía suavemente y el crepúsculo se hizo por un momento más luminoso. El valle de las sombras se quedaba atrás. Notó cómo se le taponaban los oídos y tragó saliva. Dejó atrás una pronunciada curva que le hizo recordar el sueño que tenía últimamente —en el cual moriría en un accidente de coche— y levantó un poco el pie del acelerador.

La música había terminado hacía una media hora. El modo continuo no estaba activado y el aparato se había apagado. Los indicadores del cuentakilómetros llegaron al máximo por un segundo, una luz roja se encendió en el indicador de gasolina y Sara profirió un grito. Entraba en reserva.

Recordó las palabras de su padre diciéndole una y otra vez que nunca dejara el Hyundai en reserva, porque el depósito de ese coche tenía muy poca capacidad.

Casi en el horizonte vislumbró el cartel azul y la caravana, pero no redujo aún. Siguió hasta llegar a la vía del desguace, salió por ella y aceleró suavemente al pasar por la entrada. No se veía a nadie y todo estaba cerrado a cal y canto.

El coche alcanzó de nuevo velocidad y entonces el camino se bifurcó: hacia la izquierda y en dirección recta. Siguió hacia delante acelerando, la espalda sudándole a mares y, unos cinco minutos después, atisbó el primer túnel bajo la montaña. Debía atravesar siete. El tercero y el cuarto eran los más largos. Daba pavor pasar por ellos caminando. De pequeña, con los del pueblo, se convirtió en un rito entre padres e hijos llegar hasta allí y atravesarlos todos andando. Con amigos te lo pasabas bien, recorrías la vía verde de la que todos los habitantes de aquellos pueblos estaban orgullosos. Estuvo muy de moda durante un tiempo e incluso venía gente de la ciudad para hacerlo. Pero todo se fue al traste el día que la hija de los Cleber desapareció y no pudieron encontrarla. Desde entonces, se prohibió el paso peatonal. Pese a que los túneles contaban con aceras e interruptores de luz al principio y al final. De un tiempo a esta parte, eran muy transitados por ciclistas.

El motor se paró. El volante se bloqueó a escasos metros del pasaje. Sara se quedó atónita mirando el agujero. No había nadie dentro. Era muy corto y se podía ver el otro lado con claridad. No más de trescientos metros podría tener el primer túnel. Sin embargo, le inquietó pensar en cómo se defendería los próximos once kilómetros y medio que le restaban hasta su pueblo.

«Y andando».

—Oh, no... —se quejó.

El lugar parecía muerto. Cuando había vuelto otras veces en coche siempre había algo de tránsito por aquel lugar. En la bifurcación anterior, hacia la izquierda, había un bar de carreteras que por lo que ella sabía, había tenido mucho éxito por estar al comienzo de la vía verde. Aquel bar era uno de los culpables de que estos caminos siempre tuvieran circulación.

Ahora estaba cerrado.

Bajó del coche con los sentidos a flor de piel. Sacó las maletas de la parte de atrás y de la más pequeña extrajo unos botines y se los puso.

«Estoy preciosa».

—Vale, coño. Vamos a hacerlo.

Llegó ante la señal de prohibición, al principio del túnel. Subió las maletas al pavimento y comenzó a caminar bajo la montaña. Sintió la humedad de años atrás, que le despertó recuerdos. Cada pocos segundos se giraba. El Hyundai le observaba solitario, discordante con el entorno en el que lo habían abandonado. Pasó por delante de uno de los descansillos del muro donde resplandecían los focos que iluminaban el interior. Miró de soslayo. Sabía que no habría nadie, pero era de rigor mirar ahí dentro. Cuando se tiene miedo, todos son ruidos. Atravesó otros dos y salió del túnel.

Miró en ambas direcciones otra vez y no vio a nadie. Algunos árboles trepaban por el monte y la observaban con aire de

superioridad. Un perro ladró un par de veces en la lejanía y Sara no supo si asustarse o sentirse arropada.

—Qué extraño —dijo.

Continuó por la carretera con mil ojos sobre su entorno. El día se marchaba. La noche llamaba a la puerta. El frío repentino bajó de las lomas y navegó por los caminos. Hacia el este, sobre el frondoso valle, en un descanso de vegetación, pudo ver el carril de las vías férreas antes de que las sombras lo abordaran.

Dejó muy atrás el primer túnel, perdió de vista el Hyundai. A paso ligero intentó pensar qué haría cuando fuera noche cerrada. Lo mejor era seguir caminando pues como no hubiera luz, lo iba a pasar realmente mal. No podía parar. No podía estarse quieta. Sus tobillos temblaban por el ritmo fatídico que llevaban sus botines. Le entraron ganas de llorar. Y lloró. El perro volvió a ladrar sobre el ocaso y ella se limpió los ojos llenos de rímel. Quizás aquel perro bajara de algún sitio y le atacara. Aunque aquel ladrido que entonaba tenía un tono de aviso. Como cuando lo emitían para alertar a sus dueños de que se acercaba alguien. Probablemente la estaba oliendo. Allí arriba debía de haber alguna finca.

Paró un segundo. Del camino cogió una piedra y la colocó sobre una de las maletas. Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz. Se limpió el rabillo de los ojos y... Cuando miró al segundo túnel, allí estaban.

Tres tipos esperaban junto a una cerca en la entrada. Dos llevaban cascos de protección. Uno tocaba la pared en el interior del túnel con ambas manos, como si la estuviera alisando. Sara siguió hacia ellos. Sonrió cuando apreció al otro lado un coche azul aparcado sobre la cuneta. Sonrió con fervor. Ellos la llevarían a casa.

«¿Ves como todo no es tan malo, tonta?».

Al parecer aún no la habían visto. Sara pensó qué demonios podrían estar haciendo tres obreros allí a esa hora. Obviamente, algo en el túnel, se dijo. Pero la situación actual en todo el país

no era muy halagüeña como para trabajar y echar horas por amor al arte. Se estaba dejando llevar por el miedo. Le asustó pensar que tal vez quisieran violarla. Tres hombres en mitad de la sierra y ella. ¿Y qué podía hacer?

Mientras no intentaran hacerle daño...

Anduvo lentamente hacia ellos y pasó cerca de un pequeño precipicio a su izquierda. Al llegar a su altura se apartó rápidamente. La valla de protección estaba rota. Abajo, hasta donde alcanzaba su vista, se abatía un mar verde y oscuro. Calculó unos veinte metros de altura en aquel barranco. Lo dicho: abajo, espesura.

Observó como los hombres empezaban a caminar hacia el otro lado del túnel. Quizás habían terminado su turno y se marchaban. Los tres se alejaban. No iban juntos. Cada uno por su lado. Se dirigían hacia el coche. Caminaban de un modo extraño. Era como si no quisieran andar y algo les empujara.

—¿Oigan? ¡Perdonen! —gritó.

Nada.

Gritó más fuerte.

Uno se giró.

Y olió.

Arrastraba la pierna como si no le quedaran nervios en ella. Empezó a aligerar el paso en su dirección. Gruñendo. Gritando. Aterrador, como solo lo puede ser el grito de un hombre.

Sara soltó las maletas y se tapó la boca. ¿Y ahora qué? Los otros dos también empezaron a correr hacia ella. Ambos adelantaron al cojo. Sara se dio cuenta de que uno de ellos no iba vestido de obrero sino con traje de chaqueta. De su pecho y su cuello empezó a manar sangre. Mientras los otros intentaban ganar la carrera, el cuello de este se desgarró y el cuerpo cayó estrepitosamente al suelo.

Pero quedaban más. Uno con mono de trabajo azul que en pocos segundos estaría sobre ella. ¿Por qué gritaban de esa forma? Sara cogió la piedra de la maleta y echó a correr hacia el

primer túnel. Por un segundo, quiso esperarle cerca del precipicio y hacerle caer. Lo pensó un miserable segundo. Pero tuvo miedo de que no funcionara. ¿Qué posibilidades tenía una chica como ella contra un hombre?

Había luna llena. El camino era transitable. La frescura del aire llenaba de pasión los corazones del bosque. Sara corrió con todas sus fuerzas hasta que se le salió un botín, tropezó y cayó. La piedra que llevaba en las manos desapareció entre los setos. Detrás, oyó el grito de la bestia y poco después sintió el peso sobre ella. El mordisco. Dolor. Quemazón y ardor excesivo. Pero la muerte no le acompañó hasta diez minutos más tarde.

El perro volvió a ladrar en la lejanía de las montañas.